

ingeniosa, la canoa, tan primitiva como es, no ha hecho ningún progreso durante los doscientos cincuenta años últimos; para convencernos de ello no tenemos más que abrir los relatos del viaje de Drake.

Al ver á estos salvajes, la primera pregunta que nos hacemos es: ¿De dónde proceden? ¿Quién puede haber decidido, quién ha forzado á una tribu de hombres á abandonar las hermosas regiones del Norte, á seguir la Cordillera, esa espina dorsal de América, á inventar y construir canoas que no emplean ni las tribus de Chile, ni las del Perú ni las del Brasil, y, por último, á ir á habitar uno de los países más inhospitalarios del mundo? Aunque todas estas reflexiones se presenten desde luego á nuestro ánimo, podemos estar seguros de que en su mayor parte no son fundadas. No hay ninguna razón para creer que el número de los fueguenses disminuye; ahora bien, sea cual fuere su felicidad, es bastante para que se adhieran á la vida. La naturaleza, haciendo omnipotente el hábito y hereditarios sus efectos, ha adaptado al fueguense al clima y á las producciones de su miserable país.

Después de haber pasado seis días en la bahía de Wigwam, retenidos por el mal tiempo, volvimos á hacernos á la mar el 30 de Diciembre. El capitán deseaba arribar á la costa Oeste de la Tierra del Fuego para desembarcar á York y á Fuegia en su propio país. En cuanto entramos en alta mar nos vemos asaltados por una serie de tempestades y además nos es contraria la corriente, que nos arrastra hasta los 57°23' de latitud Sur. El 11 de Enero de 1833 forzamos velas y arribamos á pocas millas de la gran montaña despedazada á que el capitán Cook ha dado el nombre de York Minster (origen del nombre de nues-

tro fueguense); pero una violenta tempestad nos obliga á plegar velas y á volver á alta mar. Las olas rompen con furia contra la costa y pasa la espuma por encima de los acantilados que tienen más de 200 pies de altura. El 12 redobla la tempestad su furor y no sabemos con exactitud donde nos encontramos. Era muy poco agradable oír constantemente repetida la voz de mando: «Alerta al viento.» El 13 alcanza la tempestad su grado máximo; nuestro horizonte queda reducidísimo por las nubes de espuma que levanta el viento; el mar tiene un aspecto terrible; parece una inmensa llanura movediza cubierta por todas partes de nieve. Mientras que nuestro barco se agita horriblemente, los albatros, con las alas extendidas, parecen gozar del viento. Al mediodía viene una ola inmensa á llenar de agua una de nuestras balleneras, que hay que arrojar al mar en el acto. El pobre *Beagle* se estremece bajo el choque, y durante algunos instantes resiste al gobernalle; pero como valiente barco que es, no tarda en rehacerse y presenta la proa al viento. Si una segunda ola hubiera seguido á la primera, se apodera de nosotros en el instante. Hace veinticuatro días que luchamos por ganar la costa occidental; los hombres están extenuados de cansancio, y desde hace tiempo no tienen ya un traje seco. El capitán Fitz-Roy abandona el proyecto de abordar al Oeste rodeando la Tierra del Fuego. Por la tarde vamos á abrigarnos tras el falso Cabo de Hornos y echamos el ancla en un fondeadero de cuarenta y siete brazas; al desarrollarse la cadena sobre el cabrestante deja escapar verdaderas chispas. ¡Cuán deliciosa es una noche tranquila después de tanto tiempo de haber sido juguete de los elementos embravecidos!

15 de Enero de 1833.—Echa el *Beagle* el ancla en

la Bahía de Gøree. El capitán Fitz-Roy, resuelto á desembarcar á los fueguenses en el Estrecho de Ponsonby, lo cual desean, hace equipar cuatro embarcaciones para conducirles allí por el canal del *Beagle*. Este canal, descubierto por el capitán Fitz-Roy durante su anterior viaje constituye un carácter notable de la geografía de este país. Puede comparársele al valle de Lochness, en Escocia, con su cadena de lagos y de bahías. El canal del *Beagle* tiene unas ciento veinte millas de largo por una anchura media, que varía muy poco de unas dos millas. En casi toda su extensión es recto hasta tal punto, que, limitada la vista á cada lado por una línea de montañas, se pierde en lontananza. Este canal atraviesa la parte meridional de la Tierra del Fuego, en dirección de Este á Oeste; hacia su parte media viene á unirse formando ángulo recto con él, otro canal irregular llamado el estrecho de Ponsonby: allí es donde residen la tribu y la familia de Jemmy Button.

*19 de Enero.*—Las cuatro embarcaciones tripuladas por veintiocho hombres parten al mando del capitán Fitz-Roy. Por la tarde penetramos en la desembocadura oriental del canal y poco después encontramos una pequeña bahía encantadora oculta por algunos islotes que la rodean. En ella armamos nuestras tiendas y encendimos fuego. Nada tan delicioso como esta escena: el agua de la bahía lisa como un espejo, las ramas de los árboles colgando sobre los bordes de las rocas, los barcos anclados, las tiendas sostenidas en la enramada, el humo elevándose en grandes copos sobre el bosque que llena el valle, todo inundado de la más apacible calma. Al siguiente día, 20, se desliza tranquila nuestra flotilla sobre las aguas del canal y entramos en un distrito más habitado. Pocos de estos

indígenas, ninguno tal vez, había visto todavía un hombre blanco. De todas maneras, es imposible pintar la sorpresa que experimentaron al ver nuestros barcos. En todos lados ardían fuegos (de donde el nombre de Tierra del Fuego), ya para llamar nuestra atención, ya para extender á lo lejos la noticia de un suceso extraordinario. Algunos indígenas nos siguieron corriendo á lo lejos de la costa por espacio de algunas millas. Nunca olvidaré la impresión que me causó el aspecto de uno de estos grupos de salvajes: cuatro ó cinco hombres aparecieron de improviso en el vértice de una roca que caía perpendicular sobre el agua; enteramente desnudos, sueltos y esparcidos sus largos cabellos y con gruesos garrotes en las manos, dando saltos y echando los brazos al aire, hacían las más grotescas contorsiones y lanzaban los gritos más espantosos.

Hacia la hora de comer desembarcamos en medio de una tropa de fueguenses. En el primer momento manifestaron disposiciones hostiles, puesto que tenían sus hondas en la mano, hasta que el capitán Fitz-Roy hizo avanzar su lancha, dejando las otras atrás; pero no tardamos en hacernos buenos amigos, haciéndoles varios regalos, entre los cuales lo que más les satisfacía eran unas cintas rojas que les atábamos alrededor de la cabeza. Les gusta mucho nuestra galleta; pero habiendo uno de los salvajes tocado con la punta del dedo la carne en conserva que me preparaba yo á comer, y sintiéndola blanda y fría, manifestó tanto desagrado como hubiese podido yo experimentar por un trozo de ballena podrida. Jemmy se muestra avergonzado de sus compatriotas y declara que su tribu le es completamente indiferente: mucho se engañaba el pobre muchacho. Tan fácil es gustar á estos sal-

vajes, como difícil satisfacerles. Jóvenes y viejos, hombres y niños, no cesan de repetir la palabra *yammerschooner*, que significa *dame*. Después de haber indicado uno tras otro todos los objetos, hasta los botones de nuestros trajes, repitiendo su palabra favorita en todos los tonos posibles, acaban por emplearla dándole un sentido neutro y se van repitiendo: ¡*Yammerschooner!* Cuando han *yammerschooneado* con pasión, pero, en vano, por todo lo que ven, recurren á un sencillo artificio y señalan á sus mujeres y á sus hijos como si quisieran decir: «Si no quieres darme á mi lo que te pido, no se lo negarás á éstos.»

Sin resultado intentamos, llegada la noche, encontrar un ansa deshabitada y tuvimos que vivaquear á poca distancia de una tropa de indígenas.

Muy inofensivos mientras que estaban en corto número, dejaron de serlo, como lo vimos en la mañana del 21, reunidos á los que llegaron, en los cuales notamos síntomas de hostilidad que nos hicieron temer si tendríamos que entablar lucha. Un europeo tiene grandes desventajas frente á frente de estos salvajes, que no tienen idea alguna de la potencia de las armas de fuego. El mismo movimiento indispensable para echarse á la cara el fusil, le presenta á los ojos del salvaje como muy inferir á un hombre armado de arco y flechas, de una lanza ó de una honda. Es, por otra parte, imposible casi probarles nuestra superioridad sino con golpes mortales. Del mismo modo que las fieras, no parecen preocuparse del número; porque todo individuo si es atacado, en lugar de retirarse trata de romper la cabeza con una piedra con la misma seguridad que un tigre trataría de haceros pedazos en circunstancias análogas. Una vez, apremiado muy de cerca, trató el capitán Fitz-Roy de espantar á una

turba de salvajes de estos, empezando por sacar el sable para amenazarlos, y no hicieron más que reirse.

Descargó entonces por dos veces su pistolete á poca distancia de la cabeza de un indígena; el hombre se extrañó mucho y se frotó la cabeza con cuidado; después se puso á hablar con sus compañeros muy de prisa, pero sin pensar en huir. Es muy difícil ponerse en el lugar de estos salvajes y comprender el móvil de sus acciones. En el caso que acabo de referir, con seguridad no había podido imaginarse el fueguense lo que podía ser el ruido de un arma de fuego descargada tan cerca de las orejas. Durante un segundo, quizá no dándose bien cuenta de lo que acababa de suceder y no sabiendo si era un ruido ó un golpe, se frotó naturalmente la cabeza. De la misma manera cuando un salvaje ve un objeto alcanzado por una bala ha de pasar mucho tiempo antes de que pueda comprender cuál es la causa de este efecto: el hecho de un cuerpo que se hace invisible en virtud de su velocidad, debe ser, por otra parte, para él una idea del todo incomprensible. La fuerza excesiva de una bala que la hace penetrar en un cuerpo duro sin desgarrarle puede inducir al salvaje á creer que la bala no tiene fuerza ninguna. Creo que muchos salvajes, tales como los que habitan la Tierra del Fuego, han visto muchos objetos heridos por una bala y hasta animales muertos sin darse cuenta de la terrible potencia del fusil.

22 de Enero.—Después de haber pasado una noche tranquila en lo que constituye territorio neutral entre la tribu de Jemmy y el pueblo que vimos ayer, continuamos nuestro agradable viaje. Nada prueba de un modo más claro la hostilidad que reina entre las diferentes tribus que estos extensos territorios neutrales.

Por más que Jemmy conociese, hasta la saciedad, la fuerza de nuestra tropa, repugnaba mucho, al principio, desembarcar en medio de una tribu tan próxima y enemiga de la suya. Contábanos á menudo cómo atraviesan los salvajes Oeus las montañas; «cuando el follaje está rojo», para venir de la costa oriental á la Tierra del Fuego á atacar á los indígenas de esta parte del país. Era muy curioso observarle cuando hablaba así, porque entonces brillaban sus ojos y daba al rostro una expresión salvaje. A medida que avanzamos en el canal del *Beagle* toma el paisaje un aspecto magnífico y muy original; pero perdemos una gran parte del efecto de conjunto, porque nos hallamos demasiado bajos para ver la sucesión de las cadenas de montañas y no se extiende nuestra vista más que por el valle. Las montañas alcanzan aquí una elevación de cerca de 3.000 pies y terminan en vértices agudos ó punteados. Crecen en no interrumpida pendiente desde las orillas del mar, y una sombría floresta las cubre por completo hasta los 1.400 ó 1.500 pies de altura. Hasta donde puede extenderse nuestra vista, distinguimos la línea perfectamente horizontal en que dejan de crecer los árboles, lo que resulta espectáculo muy curioso. Esta línea se parece mucho á la que deja la marea alta cuando deposita en la costa plantas marinas.

Pasamos la noche cerca del punto de unión del estrecho de Ponsonby con el canal del *Beagle*. Una reducida familia de fueguenses, tranquilos é inofensivos, habita la pequeña ansa donde hemos desembarcado; en seguida vienen á unirse con nosotros alrededor de nuestro fuego. Aunque todos estábamos bien vestidos y á pesar de hallarnos bastante cerca de la lumbre, estábamos muy lejos de sentir calor; y sin

embargo, estos salvajes, completamente desnudos y mucho más distantes que nosotros de las brasas, sudaban á chorros, con gran sorpresa nuestra, lo confieso. De todas maneras parecían muy contentos de hallarse cerca de nosotros, y aprendieron de memoria la letra de una canción de los marineros; pero siempre cantaban algo retrasados, produciendo un efecto muy extraño.

Cundióse durante la noche la noticia de nuestra llegada, y al día siguiente, 23, muy de mañana, llegó toda una tropa de Tekeniska, tribu á la cual pertenecía Jemmy. Algunos habían corrido tanto, que venían echando sangre por las narices, y hablaban con tanta rapidez, que se les llenaba la boca de espuma; su cuerpo, desnudo y pintarrajeado todo de negro, blanco (1) y rojo, les hacia parecer otros tantos demonios después de una violenta batalla. En seguida nos fuimos, acompañados por doce canoas, que cada una llevaba cuatro ó cinco indígenas, para continuar nuestra navegación por el estrecho de Ponsonby hasta el punto en que el pobre Jemmy esperaba encontrar á su madre y á sus parientes. Ya había sabido la

(1). La substancia empleada para esta pintura blanca es, cuando está seca, bastante compacta y de poco peso específico. El profesor Ehrenberg la ha examinado, y dice (*Kon. Acad. der Wisensch.*, Berlín, febrero 1845) que está compuesta de infusorios, ó sea catorce *polygastrica* y cuatro *phytolitharia*; añadiendo que todos estos infusorios habitan en agua dulce. He aquí un magnífico ejemplo de los resultados que pueden obtenerse por medio de las investigaciones microscópicas del profesor Ehrenberg; porque Jemmy Button me ha asegurado que se recogen siempre estos polvos blancos en el lecho de los torrentes de las montañas. También es este un hecho demostrativo respecto de la distribución de los infusorios; puesto que todas las especies que componen esta substancia recogida en la punta más meridional de la Tierra del Fuego, pertenecen á formas antiguas y conocidas.

muerte de su padre; pero como había tenido «un sueño en su cabeza» á este propósito, no le produjo, al parecer, la noticia grande impresión, y se consoló haciendo en alta voz esta reflexión muy natural: «Yo poder nada en esto.» Y no llegó á saber ningún detalle respecto de aquella muerte, porque sus parientes evitaron hablarle de ello.

Jemmy se hallaba entonces en unos sitios que conocía bien, por lo cual guiaba él las lanchas hacia una preciosa ansita muy tranquila rodeada de islotes que todos los indigenas designaban con diferentes nombres. Allí encontramos una familia perteneciente á la tribu de Jemmy, pero no á sus parientes; pronto hicimos relaciones amistosas con ellos, y por la tarde se envió una canoa para notificar á los hermanos y á la madre de Jemmy la llegada de éste. Varios acres de buena tierra en ligera pendiente, no cubierta, como el resto, de turba ni de bosque rodeaban este ansa. El capitán Fitz-Roy tuvo desde un principio la idea, como ya he dicho, de reintegrar á Yorck Minster y á Fuegia en su tribu, en la costa occidental; pero habiendo manifestado el deseo de quedarse aquí, y siendo el lugar sumamente favorable, decidió establecer allí á todos los fueguenses de nuestra compañía, incluyendo en ellos á Matthews el misionero. Cinco días se emplearon en construir tres grandes (*wigwams*) barracas ó chozas, en desembarcar su bagaje y en formar dos jardines y sembrarlos.

La mañana siguiente á la de nuestra llegada, el 24, se presentan los fueguenses en tropel, viniendo entre ellos la madre y los hermanos de Jemmy, quien á una distancia prodigiosa reconoció la voz estentórea de uno de sus hermanos. Su primera entrevista resulta menos interesante que la de un caballo con uno de sus

antiguos compañeros en un prado. Ninguna demostración de afecto; se contentan con mirarse cara á cara durante algún tiempo, y la madre se vuelve en seguida para ver si no falta nada en su canoa. York nos dice, sin embargo, que la madre de Jemmy se había mostrado inconsolable por la pérdida de su hijo y que le había buscado por todas partes creyendo que tal vez le hubiesen desembarcado después de habérselo llevado en la lancha. Las mujeres se ocuparon mucho de Fuegia y tuvieron toda clase de bondades para con ella. Ya habíamos notado que Jemmy casi había olvidado su lengua materna y en todo caso resultaba apurado porque sabía muy poco inglés. Era visible, pero no podíamos reir sin cierto sentimiento de piedad, oírle hablar en inglés á su hermano salvaje, y después preguntarle en español (*¿no sabe?*) si no le comprendía.

Todo marchó tranquilamente durante los tres días siguientes, mientras se trazaba el jardín y se construían las barracas (*wigwams*). Unos ciento veinte indigenas se habían reunido en otro sitio. Las mujeres trabajaban con ardor, mientras los hombres paseaban todo el día, sin dejar de vigilarnos un instante. Preguntaban por todo lo que veían y robaban cuanto podían.

Nuestros bailes y cantos les divertían mucho, pero lo que más les interesaba era ver cómo nos lavábamos en un arroyo cercano. Lo demás les admiraba poco, incluso nuestras lanchas. De todo lo que York había visto durante su viaje nada le había sorprendido tanto como un avestruz, cerca de Maldonado; jadeando, en fuerza de su admiración, vino corriendo hacia Mr. Bynoe con el cual paseaba: «¡Oh Bynoe! ¡Oh! ¡pájaro, parece caballo! Mucho les extrañaba á los indigenas, indudablemente, nuestra piel blanca, pero si